
Trastornos de roles y géneros en familias marginadas*

Anne Bar Din

Una de las instituciones más golpeadas por la crisis económica de los últimos 15 años ha sido la familia en los barrios pobres y marginados. Un estudio llevado a cabo por la antropóloga Larissa Adler de Lomnitz (1975) reportó en sus resultados una desorganización familiar de gravedad parecida al caos detectado a través de la investigación que llevó a cabo esta autora en Santa Úrsula durante los años de 1988 hasta 1991 (Bar Din, 1991). La familia nuclear explotó, y ahora se debería llamar la familia "atomizada", pues uno puede ver a sus "partículas" volando por todos lados. Ya no se pueden cumplir los roles tradicionales: el padre como fuerte proveedor machista y la mujer como esposa sumisa al hombre y cariñosa con sus hijos. Esto no sucede solamente en México. Una investigación iniciada en América Latina reveló que la misma situación caótica existe en los barrios marginados de Santiago de Chile, Montevideo, Buenos Aires y La Paz, Bolivia (véase Bar Din, 1992).

En este artículo voy a reproducir los datos de un capítulo del libro *Los niños de Santa Úrsula; un estudio psicosocial de la infancia*, añadiendo comentarios cuando sea necesario.

Se debe aclarar primero que las familias descritas en este trabajo viven en condiciones infrahumanas: de seis a diez personas en un cuarto redondo donde se hace de todo, desde concebir a los niños, verlos nacer y a menudo verlos también morir. En esos cuartos redondos, una cosa que las madres no hacen es "hablar" con sus hijos, cuando por suerte se encuentran con ellos. Se intentó remediar la situación un poco.

*Este trabajo fue leído en el II Coloquio sobre problemas teórico-metodológicos de los estudios sobre las mujeres y los géneros del Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, diciembre de 1992.

Uno de los problemas más graves en la interacción padre-hijo es la falta de comunicación verbal. Si alguien, en el seno de una de estas familias, dice algo, para esta persona la pretensión de ser escuchado o de recibir respuesta es una expectativa poco realista. Al advertir esto, pedí a las madres, en el transcurso de una de las juntas de grupo, que pasaran tres o cuatro minutos al día "hablando" con uno de sus hijos, y "escuchando" sus respuestas. Todas las madres asintieron, con algo de escepticismo, pero asintieron. A las reuniones del grupo también asisten muchos niños, en ocasiones hasta dos o tres por cada mujer.

Una semana después pregunté a las madres el resultado del experimento de hablar con sus hijos. "Mis hijos ni siquiera me escuchan" (pequeña sorpresa; los niños deben haber quedado asombrados al ver a sus madres iniciar un diálogo, después de tantos años sin comunicación); "mis hijos no tienen nada que decir", agregó doña Margarita.

En ese momento, Víctor, el hijo de nueve años de Margarita, se puso de pie y dijo: "Tengo algo que decir". "Sí, Víctor, dinos", contestó la investigadora. Víctor tragó saliva con dificultad y apuntó: "Ya no quiero llevar a Israel (su hermano menor, que padece daño cerebral) a la escuela". "¿Por qué razón, Víctor?" "No es mi responsabilidad, es la de mi mamá", adujo un sonrojadísimo Víctor antes de sentarse otra vez. Algo tremendamente importante le había ocurrido a Víctor: se había visto como un "potencial agente de cambio" (para citar a Minuchin, 1967) en la dinámica de su familia.

El grupo de mujeres de inmediato puso en ejecución el dispositivo "identificación-solución del problema" que siempre aplicaba cuando se sometía a su consideración una crisis. Aunque la mayoría de las madres allí presentes permiten que uno de sus hijos asuma el papel de "hijo parental", empezaron a deliberar sobre el problema de Víctor. Todo mundo conocía a Israel, un chico fuerte, hiperactivo y agresivo de ocho años, con la mentalidad de uno de dos (padeció meningitis a los ocho meses de edad). El problema fue analizado en detalle, para sorpresa de Víctor (que tampoco está habituado a que se le escuche cuando dice algo). El grupo llegó a la conclusión de que la madre de Israel tenía que encontrar una solución más sencilla de la que representa llevar a su hijo a una lejana escuela; debía hallar un lugar lo suficientemente próximo como para que ella misma pudiera llevarlo ahí por las mañanas y recogerlo en las noches, a fin de liberar a Víctor de lo que él consideraba una carga injusta. A la postre, esto se resolvió con buen éxito.

El fenómeno del hijo parental

En estas paupérrimas, angustiadas y sobrepobladas familias, que a menudo sólo cuentan con la presencia de un progenitor, la madre está demasiado cargada y abrumada de obligaciones como para asumir cotidianamente una función "expresiva". Tiene que delegarla, así, en un "hijo parental", que se hace cargo del papel "expresivo", de "ser la madre" de los hijos menores. El "hijo parental" es, por lo común, la hija de mayor edad. Víctor tenía que adoptar el "papel expresivo" porque era el más grande de una familia sin hermanas.

Estos "niños parentales" fueron los que primero llamaron la atención de la investigadora, porque se veían obligados a abandonar una sesión, ya fuera por la necesidad de ir por algún hermanito de la casa del vecino, o a recoger los desayunos gratuitos del DIF. Algunos de estos "niños parentales" tenían que hacer a un lado sus dibujos para alimentar a los chicos menores o para lavar la ropa. En este punto, la investigadora se percató de la diferencia que existe entre la muestra de Minuchin y la suya propia: la distancia entre la gente de los arrabales con la que había trabajado en Harlem durante cuatro años, y las familias de Santa Úrsula. En Harlem, alguna vez fue llamado para resolver un conflicto entre un padre y su hijo de cuatro años de edad (en el contexto de una terapia familiar). El padre estaba muy molesto porque su hijo había arrojado el tablero de un juego de damas por la ventana. "¿Por qué hizo eso?" "Porque perdió otra vez", explicó el airado padre. "¿Qué ocurre cuando gana?" "¡El nunca gana! ¡No sabe jugar!"

En Santa Úrsula simplemente no hay tableros de damas, no hay padres con quienes jugar y no hay madres para enjugar las lágrimas de los niños de cuatro años de edad. La población de Minuchin, gente de barriada en Harlem, era de familias de clase media baja disfrazadas, y el problema que enfrentaban, aunque aparentemente similar, no se podía comparar con los que encontramos en Santa Úrsula.

El "niño parental" de Santa Úrsula realmente cría a sus hermanos. Recuerdo haber visitado una vez a una "familia" a las 9:30 de la noche, para examinar a un chico con quemaduras graves; encontré sola a la hermana de ocho años. Abrió la puerta lo necesario para ver mi cara. "Margarita, ¿dónde está tu mamá?" "Salió." "¿A qué hora regresa?" "¡Quién sabe!" (la eterna respuesta a cualquier pregunta). "Déjame ver la pierna de Juanito". Silencio, la puerta no se abría más. "Mejor no. Ya no está llorando. Y usted podría despertarlos a todos", apuntó Margarita. La niña

supervisaba el sueño de sus siete hermanos, apiñados sobre el piso de cemento.

En estas condiciones, un chico de ocho años de Santa Úrsula tiene que asumir su “papel expresivo”. Por tal motivo, ni ellos ni sus hermanos pueden ser considerados como un subsistema, de acuerdo con la fórmula que emplea Minuchin. Los hermanos *son* el sistema en torno al cual se construyen estructuras personales. La rivalidad entre hermanos, como la conocemos, evidentemente no existe en estas familias; la figura materna no está lo suficientemente presente como para permitir que el fenómeno sobrevenga. Cuando ocurra, deberá dársele un nuevo nombre, porque será la competencia entre hermanos para ganar la atención de un hermano mayor. Es una rivalidad entre hermanos, fuera del sistema de paternidad. Minuchin advirtió este fenómeno cuando señaló: “Es como si los padres y hermanos, aunque vivan bajo el mismo techo, fuesen entidades autónomas en muchos aspectos vitales de la existencia” (Minuchin, p. 222).

Si en el estudio de Minuchin los niños tenían dificultades para desarrollar un sentido de identidad porque la respuesta paterna a la conducta del niño no era la adecuada, ¿qué habremos de pensar del desarrollo del ego en un niño cuyo modelo del “papel” primario es otro niño un poco mayor? Aquí no hablamos de la ausencia de respuesta del padre; hablamos de la *ausencia* del padre. Ahora voy a tener que usar el lenguaje psicoanalítico, y tomar como punto de partida que la situación edípica existe y estructura a la persona. En una situación familiar “normal”, para el niño varón que tiene un padre y una madre, el conflicto edípico se desarrolla de la siguiente manera:

Durante los primeros años de vida, el vínculo madre-hijo es muy fuerte, por toda la dependencia biológica que se establece [. . .] En un momento del desarrollo evolutivo, este hijo empieza a sentir una cierta atracción hacia el padre del sexo opuesto [. . .] Entonces, a través de distintas conductas, el hijo busca seducir, en este caso a su madre, y busca ocupar en alguna forma ese rol que dentro de la pareja ocupa el padre [. . .] Esa situación genera a su vez, temor. ¿Temor a qué? [. . .] A que el padre lo castigue por desear a mamá. [Por supuesto no se trata de un deseo sexual, sino de un deseo de una relación afectiva exclusiva con la madre]. Esa angustia, ese miedo a ser castigado, es lo que en el fondo lleva al niño a sustituir esa relación por una identificación con su padre. Así sería como teóricamente funcionaría el Edipo y tiene gran importancia en relación con la identificación sexual, la aceptación de los límites, las normas sociales, el lenguaje etc. *La sociedad, el mundo externo, entran en el niño a través del padre* (Bleichmar, 1976).

En la estructura matriarcal del barrio marginado, la madre no permite que el padre rompa el vínculo madre-hijo, y los hijos varones no tienen acceso al "segundo tiempo" (Lacan). En el segundo tiempo del Edipo, "El padre interviene efectivamente como privador de la madre en doble sentido, en tanto priva al niño del objeto de su deseo y en tanto priva a la madre del objeto fálico" (Bleichmar, 1976). Si eso no ocurre, la madre sigue siendo una madre fálica y bloquea al padre. El niño queda desposeído del "Nombre del Padre", que es la "ley". Se da una repetición de vínculos, un estancamiento social y emocional. Al descalificar al padre a través de todo lo que dice, la madre detiene la resolución del Edipo y el niño varón no madura; llega como "hijo" a la relación de pareja. El niño varón no tiene una figura paterna con quien identificarse.

Regresando al tema del "hijo parental", ¿se le puede describir como niño? ¿Qué clase de niñez es la de Margarita, que a los ocho años lleva la carga de responsabilidad de cuidar a sus siete hermanos menores? Podríamos decir que la niñez, entendida como un estado de desarrollo eriksoniano, es una fase que muchos niños en América Latina "pasan por alto", con todas las consecuencias psicológicas que implica. Margarita no es la única que lleva la carga de su familia. Cuando ella no está en el "cuarto redondo", el papel de "niño parental" recae en su hermano de siete años, Evaristo. Este último ¿tiene realmente una niñez, o ha sido privado de ella tanto como su hermana? Si se echa un vistazo al tipo de entorno que rodea al subsistema fraternal en Santa Úrsula, lo que encontramos es un absoluto desastre psicológico y, a menudo, también físico; niños en edad escolar (primaria) que tratan de organizar o concertar a un grupo de chicos, aun menores, totalmente carentes de afecto, y la ocasional aparición de una madre inaccesible y abrumada de trabajo. ¿Un niño que no dispone de tiempo para jugar es realmente un niño? ¿Un niño que no dispone de tiempo para la escuela es realmente un niño? Quizá no haya adolescencia en Samoa (Margaret Mead), pero ciertamente, no parece haber niñez en Santa Úrsula.

¿Dónde están las madres?

Las madres anuncian su "papel materno" llevando en brazos a un niño con el que generalmente no interactúan. Cargar al niño les permite continuar sintiéndose "madres", su única fuente de autodefinición, aun

cuando desempeñan actividades “no maternas” al representar el “instrumento” mediante el cual la familia puede sobrevivir como grupo, viviendo al día. En ausencia de una figura paterna, el caso más frecuente, la única persona que puede asumir un papel “elevado, tanto en poder como en instrumentalidad”, es la madre. Y como la madre no puede estar en dos sitios al mismo tiempo, no está en casa para criar.

Deberá recordarse también que, seguramente, la madre es un “ex-niño parental” que pasó directamente de ser la madre sustituta de sus hermanos a ser la madre “real” de sus propios hijos; ha aprendido la parte “expresiva” de su papel materno de una hermana (o hermano) de siete u ocho años. Por esa razón, su desempeño al manifestar sentimientos o emociones con sus hijos no es muy bueno. Evade la tarea al delegarla en el “niño parental”, y asume la responsabilidad de hacer lo que el ausente padre no hace.

La sobrevivencia diaria es difícil en las Santas Úrsulas de América Latina. Hay multitud de detalles que atender, y que empiezan desde la compra de comestibles en mercados ambulantes poco accesibles (las madres de Santa Úrsula se preparan para ir al mercado como sus ancestros machos —¿estamos seguros?— lo hacían para salir de caza mayor). Deben adquirir y acarrear hasta sus casas los tanques de gas que emplean para cocinar los alimentos. Deben entrevistarse con los maestros de sus hijos —si es que éstos van a la escuela— y también deben “trabajar”, esto es, ganar dinero con el lavado de ropa ajena, o la realización de las compras ajenas. Algunas son empleadas domésticas en otras casas. Siempre llevan a cuestras al hijo menor, porque es la divisa notoria que las define como “madres” y también porque, en ocasiones, se trata de niños de pecho. (Se podrá notar más tarde la importante contribución hecha por las mujeres a la economía informal.)

Cualquier cambio social, urbano, que se lleve a efecto en el área, representa igualmente un trabajo de las madres, quienes unen sus fuerzas para demandar servicios públicos. Por ejemplo, detienen un autobús urbano, piden a los pasajeros que se apeen a fin de abordarlo ellas (llevando a algunos niños para reforzar la acción) y solicitan al conductor que las lleve a la Delegación, donde externan sus peticiones pública y oficialmente.

Los niños son conscientes de que sus madres están en todas partes, haciendo de todo, e inclusive pasan por casa siempre que pueden. Las madres trabajan todo el tiempo. No es, pues, sorprendente la respuesta

que uno de ellos dio a una pregunta del test WISC: "Si los niños crecen para ser hombres, ¿las niñas crecen para...?" "¡Para trabajar!". "¡Edgar! ¿Los niños no crecen para trabajar también?" "A veces... pero no tanto". Alguien ha dado en el clavo. Edgar tiene apenas siete años, pero ya tiene "los planes" de su futuro (para los fines del presente trabajo, Edgar representa a 11 niños que respondieron a esta pregunta de la misma manera).

En suma, como la ausencia de la madre impele a los niños a desempeñar un papel "materno", la ausencia de padres —hombres— impele a las madres a representar el papel de "padres".

Los hombres invisibles de Santa Úrsula

Al tener la certidumbre de que no iba a ser posible ver a los padres en el curso normal de la investigación, convoqué a una reunión especial del Grupo de Mujeres, para que pensáramos en una estrategia conjunta para ver a estos hombres. Las mujeres estaban muy interesadas. "¿Traer a esos bastardos borrachos? Jamás vendrán. Dicen que nada más venimos a hacer chismes aquí, chismes de mujeres. Además son demasiado flojos". Como se esperaba, las mujeres descalificaron a los hombres masivamente. Criticaban a sus hombres, pero también les importaba intentar traerlos a una junta. Disfrutaban de sus referencias a ellos, y procuraban superar a la vecina en cuanto a los malos epítetos que les dirigían. "¡Tiene otra mujer en Veracruz, estoy segura, por eso no veo el dinero! Apuesto que tiene hijos con ella, sus hijos. ¡Yo crío a cinco aquí, todos suyos!" Semejante declaración de fidelidad hizo estallar grandes risotadas.

El grupo determinó que la mejor solución era hacer circular un cuestionario que debía ser respondido, de manera anónima, por todas las madres de Santa Úrsula que pudieran hacerlo, no únicamente por las que asistían a las juntas.

En total, 63 cuestionarios anónimos, con sus respectivas respuestas, llegaron a manos de la investigadora, y el perfil de los varones de Santa Úrsula se aclaró un poco.

Uno de los hechos más sorprendentes reflejados en los cuestionarios se relacionaba con los hábitos alcohólicos de los hombres. Durante las diversas juntas dedicadas a la elaboración del cuestionario, to-

das las mujeres presentes se quejaron de la embriaguez constante de sus compañeros. Sin embargo, a la pregunta: "¿El hombre de su casa tiene problemas con el alcohol?", solamente una madre respondió "A menudo" y las otras contestaron "A veces". Es harto probable que estemos en presencia de la no tan insólita diferenciación entre la opinión expresada y la conducta correspondiente. Una cuestión de estereotipos tiene que ver aquí también: está bien bromear y desahogarse respecto a los problemas alcohólicos del marido. Los hombres son hombres, los hombres toman; los esposos de estas mujeres tomaban demasiado. Es asunto de macho normal. Otra cosa es hacer oficial el hecho en un papel, aun cuando éste sea anónimo. El estereotipo "gracioso" se transforma en una realidad amenazante.

La verdad es que muchos de los varones de Santa Úrsula beben hasta perder la memoria. Pero trabajan duro también. Muchos tienen jornadas de diez a doce horas. ¿Entregan sus salarios a sus esposas? Sí, en su abrumadora mayoría, que alcanza el 98% (cifra tomada del cuestionario).

¿Cuánto tiempo pasan los padres con sus hijos? Según las respuestas a los cuestionarios: bastante. ¿Y qué hacen con el tiempo que destinan a los niños? Juegan. También están cerca y preocupados cuando un niño se enferma. Al discutir las respuestas con las madres, les hice notar el aspecto positivo y útil de que un padre se comprometiera en la atención de un niño enfermo. "¡Ah!" — exclamaron todas como una sola mujer — "ellos no ayudan, sólo estorban, se hacen los tontos con el niño, caen en cama con los demás, jueguean". En otras palabras, el padre es un niño travieso, como los otros, dicen las mujeres descalificadoras, que no ven que sus esposos no terminaron su niñez cuando era tiempo. Confirman lo que Lacan propuso con anterioridad: los hombres no pudieron romper el vínculo madre-hijo, lo cual impidió a los hijos varones una resolución positiva y madura del Edipo. La confirmación que da de esto la elevada cuota de maltrato y golpes no es una sorpresa. Los maridos llegan a casa y tunden a las esposas descalificadoras (aunque dudo que apliquen el castigo de manera consciente).

A través de una junta convocada explícitamente para conocer a los hombres de Santa Úrsula —junta a la cual acudieron siete varones, 17 mujeres, 28 niños y cuatro perros— el perfil del hombre se aclaró. Trabajan duro, entregan sus sueldos a sus mujeres como buenos niños y son alcohólicos contumaces. Les encanta jugar con sus hijos y cuidar-

los cuando están enfermos. Atienden a los niños con ineficiencia y golpean a las mujeres por rutina. No albergan esperanzas de mejorar su situación ni la de sus hijos. En palabras de uno de ellos: "Es una vida que no vale la pena vivir". Desde un punto de vista clínico, los hombres entrevistados están profundamente deprimidos. Emplean la regresión como mecanismo de defensa, recurso inefectivo que los conduce al alcoholismo total.

Ahora bien, en términos de papeles genéricos, ¿cuál desempeñan estos hombres? "En términos de actividad, los papeles sexuales asignan el servicio doméstico y la atención de infantes a la mujer; y el resto de los logros humanos, interés y ambición, al hombre" (Millet, 1977). Es obvio que Kate Millet no conoció a los hombres de Santa Úrsula. Ellos son descalificados de los primeros logros por sus mujeres, mientras que la sociedad les veda los últimos. Si fabrican cepillos, seguirán fabricando cepillos; si pulen lápidas, continuarán haciéndolo hasta que mueran. Es una pobre satisfacción para una vida de frustraciones permanentes. ¿Cómo manejan esta frustración y profunda impotencia? Mediante la depresión y la regresión como ya hemos visto: su forma de beber los lleva a la fase oral del desarrollo psicosexual, una fase que nunca fue satisfecha. Su descarga emocional es jugar con sus hijos, jugar con ellos en el mismo nivel de ellos, no como el padre que comparte un juego, sino como alguien cuya conducta debe ser vigilada tanto como la de un niño. En este respiro, el padre se vuelve niño otra vez; o, más bien, continúa la empresa inconclusa de tratar de ser niño. "La mayoría de las familias debe reorganizarse a medida que las generaciones nacen, crecen, mueren. Si una familia no puede lograr este tipo de cambio, lo más probable es que no sobreviva" (Hoffman, 1981). El drama que señala Lynn Hoffman sobre el proceso de falta de reorganización —y organización— es lo que está ocurriendo en Santa Úrsula; las familias, como unidades, no sobreviven. El vínculo generacional es tan tenue que no pervive más allá de quince años, aproximadamente: el tiempo que le lleva al "niño parental" convertirse en padre o madre por derecho propio, perder de vista a sus padres y, también, perder de vista a su pareja.

La profunda desorganización acarreada por la pobreza extrema no permite la existencia de la familia nuclear como la conocemos, con sus fases de organización y reorganización. De hecho, en vez de emplear la expresión "familia nuclear", debíamos utilizar la de "familia atomi-

zada". Aquí, los niños asumen el "papel paterno" a edad tan temprana que no puede describirseles como "niños". La madre se ve precisada a adoptar las responsabilidades y el papel del padre para mantener junta a la familia. Al hacerlo, pierde sus atributos como "madre". Se descalifica como madre mientras descalifica a su esposo como proveedor. La mujer asume una posición matriarcal en una sociedad en extremo "dominada por machos". Las contradicciones y la desorganización se agravan: bajo condiciones de pobreza extrema, el "macho" es sustraído de sus tradicionales "prerrogativas masculinas": ambición, promoción social y sus recompensas. Lo que le queda es asumir el tradicional papel de "macho dominante" a través de la violencia física (al menos, él es más fuerte). También se puede emborrachar como una cuba, porque él es "el jefe" y hace lo que le viene en gana. La bebida le ayuda a olvidar su profunda depresión, pero también le ayuda a "hacer estallar a la familia en pedazos", a reducirla a átomos si la esposa huye de una vida de constante violencia y que gravita en el vacío, hasta que encuentra otra pareja inmadura, derrotada y deprimida, con quien vivir por un tiempo, con quien procrear otros hijos; y el proceso de atomización se repite al dejar al "niño parental" al cuidado de los menores.

Descrita de esta manera, casi podríamos aventurarnos a decir que en Santa Úrsula la familia, esto es, un hombre y una mujer que unen sus fuerzas para tener hijos y educarlos juntos, no existe. Lo que sí se da es el encuentro ocasional de un adolescente varón con una adolescente mujer, el inevitable nacimiento de criaturas en un intervalo muy corto. A falta de la "continuidad generacional" la chica no aprendió nada de la madre ausente ni el muchacho de su padre borracho. Ambos adolescentes hacen un esfuerzo desesperado e infructuoso para organizar al grupo de gente que han engendrado como si fuera una "familia nuclear" según las reglas de la organización de la clase media, sólo para hallarse, a la postre, derrotados por la falta de conocimiento, por la falta de apoyo de una tercera generación y por la no sólo adversa, sino imposible situación social bajo la cual deben intentar convertirse en una "familia".

Bibliografía

1. Bar Din, A., *Los niños de Santa Úrsula; un estudio psicosocial de la infancia*, UNAM, México, 1991.

2. Bar Din, A., *Marginación urbana en México, Santiago, Montevideo, Buenos Aires y La Paz, Bolivia: variaciones sobre el mismo tema*, Cuadernos Americanos, núm. 31, Cincuenta Años, año VI, vol. 1, México, 1992.
3. Bleichmar, H., *Introducción al estudio de las perversiones: la teoría del Edipo en Freud y Lacan*, Helguero Editores, Buenos Aires, 1976.
4. Ferrando, F y M. Marioni, en "Psicología del marginado", en *Los marginados uruguayos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.
5. Hoffman, L., *Foundation of Family Therapy. A Conceptual Framework for Systems Changes*, Basic Books, Nueva York, 1981.
6. Lomnitz L. A. de, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 1975.
7. Millet, K., *Sexual Politics*, Virago, Londres, 1977.
8. Minuchin, S., *Families of the slums. An exploration of their structure and treatment*, Basic Books, Nueva York, 1967.